

Nueva
Antropología 29

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

ANTROPOLOGIA Y CLASE OBRERA

FRANCISCO ZAPATA, Hacia una sociología del trabajo latinoamericano * RAUL NIETO CALLEJA, El oficio de zapatero: antecedentes y tendencias * EDUARDO L. MENENDEZ, Modelo médico, salud obrera y estrategias de acción del sector salud * VICTORIA NOVELO, et al, Propuestas para el estudio de la cultura obrera * ENRIQUE DE LA GARZA, et al, La investigación sobre la base obrera en México: un balance preliminar * ELLA FANNY QUINTAL, Sindicato, empresa y familia: los espacios de la reproducción de la fuerza de trabajo petrolera * DOCUMENTOS * RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS.

Propuestas para el estudio de la cultura obrera

Victoria Novelo
Miguel Angel Gómez
Jorge Aceves
Ana Hortensia Castro
Ariel García

LA PERSPECTIVA GLOBAL

Enfrentar la tarea de investigar la cultura obrera y que sus conclusiones, siempre parciales, pudieran ser mostradas no en la forma habitual en que lo hace el intelectual, es decir, a través de la palabra, sino en una exposición cuyo lenguaje es enteramente distinto, o debe serlo, ha sido muy complejo.¹ Requirió plantear y tratar de responder a infinidad de interrogantes, mucha discusión, mucha lectura, mucha

observación, mucha síntesis. Pero, ¿síntesis de qué?

Los conceptos mismos que habitualmente aparecen separados, cultura y obreros, y que en nuestra propuesta se resumen, tienen tantas connotaciones, implicaciones y valoraciones, muchas veces encontradas, que hubiéramos necesitado los servicios de varios curanderos para hacer la "limpia" correspondiente de esos conceptos. Y sin embargo, limar de asperezas los conceptos para dejarlos en un estado de purificación alejado de los malos espíritus de las torcidas e insuficientes interpretaciones, tampoco garantizaba que los términos pudieran dar cuenta de múltiples determinaciones, relaciones y complejidades.

Así que nos alejamos de la estéril "práctica teórica" que no lleva más

¹ Los que esto escriben, tuvieron a su cargo la investigación para la exposición, "Obreros somos... expresiones de la cultura obrera mexicana" que se realizó en el Museo Nacional de Culturas Populares de marzo a octubre de 1984.

que a desarrollos más o menos sublimes de la *idea* para ubicarnos en el terreno de los procesos sociales concretos donde tiene lugar, donde se desarrolla, donde se crea y recrea una clase social y el fenómeno cultural que iba a ser materia de investigación.

Pero al contrario de lo que pregona aquél general-presidente salvadoreño de trágica memoria y cuyas atrocidades relatará Roque Dalton, no estábamos descalzos para recibir los efluvios del planeta en materia de interpretación social. Pisábamos el terreno con la protección que nos daba el cuerpo de teoría que interpreta y explica la realidad de la sociedad capitalista transmitida en miles de páginas escritas y en muchos movimientos sociales donde la clase obrera —y sus aliados— ha sido la protagonista principal. Cuerpo teórico generado a partir de la instauración violenta del modo capitalista de producción de mercancías y de vida con todo su intrincado sistema de relaciones sociales que contradictoriamente produce riqueza y miseria.

Vamos a participarles pues las concepciones más generales con las que enfocamos nuestra investigación. El reconocimiento del terreno requirió, en su nivel más abstracto, de la comprensión de que la realidad social, distinta a la realidad natural, es una creación humana donde el *trabajo* de los hombres, actividad práctica por excelencia, es el elemento central sin el cual no es concebible todo lo que las sociedades históricas han producido,

incluyendo lo que los hombres han hecho de sí mismos. A partir del trabajo humano, transformador tanto de la naturaleza como de los seres humanos mismos, es que se puede entender que las sociedades se originan y resultan de la interacción permanente entre la producción material de la vida social y las relaciones sociales establecidas para esa producción. Es decir, el trabajo humano, al mismo tiempo que se encamina a fines prácticos de transformar la naturaleza proveedora, desarrolla instrumentos, técnicas y por tanto conocimientos para acometer el trabajo, estableciendo diferentes formas de relación entre los hombres para asegurar, no sólo la realización del trabajo sino la forma de hacerlo y las maneras en que han de distribuirse y consumirse los resultados del trabajo; y por tanto transformando la naturaleza misma de los agentes humanos de la producción. (Se nos ocurre pensar que cuando algunos de nuestros remotos antepasados hicieron el revolucionario descubrimiento del fuego, una vez pasado el momento de conmoción y admiración, se dieron a la tarea de transmitir el hallazgo y afinar la técnica para producirlo y mantenerlo enseñando al resto de la colectividad, no sólo cuales eran los materiales idóneos sino también la forma de ponerlos en movimiento dando pie a futuros ensayos a usos distintos de la energía y, desde luego, a la invención de una palabra nueva que diera cuenta del fenómeno y quien sabe si hasta originó algún movimiento dancístico

para agradecer a quien correspondiera por el beneficio recibido).

Conocido el hecho de que en base a las relaciones de producción y de apropiación de los productos es que se distinguen históricamente las sociedades, el modo capitalista de esas relaciones presupone tanto la propiedad privada de los medios de producción como el control específico de los procesos de trabajo. Ese control originado cuando el capital subordina todas las fases de la producción y revoluciona la base técnica del trabajo, se ha ido transformando al grado de que no es sencillo reconocer el parentesco directo entre el empresario fulano de tal, dueño, gerente y contador de una fábrica y la actual corporación transnacional que regula con métodos computarizados el control del trabajo y de los trabajadores simultáneamente en filiales de varias partes del mundo. Y sin embargo, la base de las relaciones que reproduce el capitalismo, la explotación del trabajo asalariado productor *de plusvalía* y la exclusión de los obreros del control, la gestión y las decisiones sobre el trabajo y el destino de la producción permanece inalterable en su esencia.

Pero aunque las formas concretas de sociedades capitalistas son variadas —producto de historias y desarrollos distintos— las relaciones sociales y las reglas del juego que tienen lugar en la esfera de la producción no se ejercitan solamente en las unidades concretas de producción; su práctica involucra a toda la sociedad. Y ello porque el

sistema ha debido engendrar una determinada organización social en la que, por una parte los individuos se ubican socialmente formando clases, resultado de la división entre “productores” y “apropiadores” y, por otra, porque el funcionamiento de la sociedad entera está dictado por las exigencias del objetivo de la producción que el poder político se encarga de garantizar, cualquiera que sea el ropaje que adopte.

La base objetiva de la contradicción de la producción capitalista entre producción social y apropiación privada que permite la producción y reproducción de dos clases sociales fundamentales, burguesía y proletariado, contiene el antagonismo de intereses inherentes a la relación entre esas clases. Y sin embargo, la clase obrera no se forma por el sólo hecho de estar involucrada en la producción frente a otra clase, es decir, no se presenta inmediatamente por el hecho de existir estructuralmente, sino que es la *vivencia*, por así decir, de la explotación, la que va a permitir que los obreros actúen como clase mediante un proceso de identificación como partícipes comunes de determinadas relaciones de producción; proceso que presenta cambios en la composición, la cohesión, la conciencia y la organización de la clase cuya acción termina por transformar las mismas relaciones de producción.

También en un nivel de generalidad, debía comprenderse la naturaleza del terreno que pisábamos en base a

las relaciones sociales esenciales y predominantes en que se funda la producción material de la sociedad mexicana y reconocer que el proceso capitalista en México, aunque guarda similitud con el de otros países cuya historia también se vincula a la conquista colonial y al saqueo de la fase imperialista, presenta diferencias que es necesario considerar si se pretende ubicar y caracterizar a la clase obrera como proceso en formación. Esto no sólo para poder precisar las bases objetivas que originaron al proletariado industrial en nuestro país, las cambiantes relaciones entre el capital y el trabajo y las formas en que el primero ha ejercido su dominio en la sociedad, sino también para comprender los nexos entre las clases sociales y el poder político, así éste haya variado sus formas de presentarse en sociedad y de ejercer su control.

Hubo que continuar con el reconocimiento de que para el mantenimiento y la reproducción del orden social burgués, ha sido fundamental la imposición a las clases dominadas, también calificadas de clases populares, no sólo de modos de trabajar, de comprar o de consumir, sino de comportarse y de pensar, de tal modo de que interpreten como algo normal y natural el ordenamiento social basado en relaciones de explotación, todo ello conformado como un modo de vida particular. El sistema de vida que engendra el capitalismo ha pretendido legitimarse en la sociedad imponiendo por múltiples vías, coercitivas, sutiles o violen-

tas la manera de pensar el mundo de las diferentes fracciones de la clase capitalista que han dominado en sociedad; sin embargo, el hecho, comprobado históricamente, de la viabilidad de la destrucción de ese sistema, nos enfrentó a la conclusión de que esa imposición de modelos de vida y de pensamiento, no ha sido infalible. Lo que a su vez significa que, como nos muestra la historia de las revoluciones anticapitalistas, los valores intrínsecos al capitalismo —la eternidad del sistema, la primacía de la propiedad privada, la armonía de las clases sociales, el individualismo, la negación de la lucha de clases— son susceptibles de ser trastocados por otros, que originados en las clases dominadas dentro del capitalismo, han partido de una interpretación distinta de la sociedad.

Por otra parte, ello significaba también que las clases subordinadas de la sociedad, han debido tanto *resistir* a la ideología y la cultura dominante como *construir* su proyecto alternativo, preferible y superior, de sociedad. Y en la construcción de esa alternativa, el papel de la clase obrera ha sido fundamental una vez que le ha quedado claro en su conciencia —con la mediación de la teoría que su papel como productora la hace capaz de encabezar las transformaciones sociales revolucionarias dado su adecuado poder colectivo y su interés, que habiendo brotado directamente de la experiencia de la explotación y la opresión, se condensa en una conciencia de clase activa elaborada mediante la práctica

política que, además, nunca ha seguido un curso lineal.

De lo anterior se desprendía la necesidad de buscar la manera de comprender cómo es que se verifica el proceso de interacción entre la producción material de la vida social y el conjunto de las relaciones sociales con todas las intermediaciones creadas, como proceso que articula y define las acciones, las prácticas sociales, los usos, los hábitos y los modos de pensamiento en sociedad, especialmente tratándose de una clase en particular. En suma, cómo es que se estructura el proceso *cultural* que produce resultados diversos en formas concretas de ser-estar-pensar-sentir-creer-comportarse, en su relación recíproca con la base que conforma la producción material.

Si en la vida social real los conjuntos de individuos observan una serie de normas, tienen una serie de hábitos, tienen explicaciones para una serie de hechos o fenómenos y también expectativas y aspiraciones para influir en ellos, significa que la forma de vida engendra prácticas sociales —que englobamos en el término *cultura*— que generalmente se expresan a través de modelos de comportamiento y de acciones que encierran conjuntos de valores, explícitos o no, pasados y presentes, en los que los individuos se reconocen e identifican. Esto es que la cultura no es algo que simplemente se reproduce por tradición, sino que contiene elementos de creación y, por tanto, de transformación.

En este sentido, aproximarse al conocimiento de lo específico en la cultura de una clase implicaba en primer lugar el reconocimiento de que es a partir de las condiciones de existencia que se desarrollará una conciencia, de tal manera que los planteamientos, las reflexiones, las concepciones que los hombres tengan en un momento dado derivan, con la intervención de una serie de mediaciones, de una situación objetiva de vida, como obreros en este caso. Concepciones que se han moldeado y modelado de acuerdo a formas establecidas y mantenidas socialmente donde intervienen un sinnúmero de instituciones, además de experiencias y reflexiones pasadas y presentes.

En la sociedad capitalista de nuestros días, las instituciones principales mediadoras y transmisoras de la cultura —fábrica, sindicato, familia, iglesia, escuela, organizaciones políticas— no sólo reflejan la división social sino que la reproducen continuamente en un proceso contradictorio que hace participar, en condiciones desiguales, a las culturas de clase donde una busca imponerse al resto, tratando de minar el desarrollo de las demás.

La cultura de las clases dominadas —si bien puede tener impresa una buena dosis de la cultura dominante e incluso puede conformar el “modelo práctico” al que aspiran— con experiencias diferentes de vida, se enfrenta a modelos que están muy lejos de representar lo que viven. Por decirlo con la imagen de la publicidad alcohólica

en televisión: un obrero, aunque quiera tener el "don" para que un mesero uniformado le sirva una copa de brandy, su salario no le da más que para el trago y no puede acceder ni a la ropa, ni a la casa con chimenea prendida a la que rodean lujosos muebles y mucho menos al alquiler de un sirviente personal. Y a esta imagen del confort capitalista el obrero opondrá una más identificable con él, en la cual se bebe en espacios propios y entre iguales, manifestando un separatismo de clase que, según el grado de elaboración consciente del resultado de las relaciones de explotación, se asume como inmutable o como transitorio.

Si es en los procesos de trabajo donde se ubica la inconformidad primaria originada a partir de la vivencia de la oposición capital-trabajo, la concepción del trabajo como trabajo enajenado, como necesidad forzosa, como relación de explotación, no nace mecánicamente por el sólo hecho de la ubicación de los obreros como asalariados; esa concepción involucra una serie de mediaciones. Unas, derivadas del marco ideológico en que se manejan las inconformidades y las protestas dentro de la organización de los trabajadores; otras, derivadas de representaciones sobre la sociedad que interpretan el papel de las diferentes clases y que tienen relación con las tradiciones culturales de los portadores. De ahí que había que seguir definiendo no sólo los fundamentos de una práctica cultural específica, sino los espacios donde se definen las con-

diciones totales de existencia de los obreros.

Por una parte, los fundamentos parecían vincularse al proceso que identifica la experiencia común de la explotación por los distintos tipos de trabajadores involucrados en las producciones concretas y que en el curso de formación de la clase, ha dado lugar a niveles diversos de impugnación expresadas en prácticas específicas de los obreros en los lugares de trabajo, en sus asociaciones, en sus lugares de residencia y que han desembocado en demandas y acciones reivindicativas que, en algunas fases históricas han involucrado o han movilizado al conjunto de la sociedad. Por otra parte, si bien el lugar de trabajo y sus condiciones concretas de realización son el espacio fundamental y el eje que organiza la vida de los obreros (por la duración de la jornada, la intensidad del trabajo, la disciplina requerida, las habilidades necesarias y el ingreso que percibe), su existencia total debe entenderse en relación a otros espacios como el que los obreros han creado para la defensa de sus condiciones de trabajo y de vida y para la organización política como espacios mediadores en el establecimiento de prácticas culturales. Pero también había que poner atención al resto de espacios donde transcurre la vida cotidiana de los obreros (según sea su acceso a la vivienda, a la instrucción, a la salud, a la recreación, y, en general, al consumo).

Todo lo anterior no significa que nuestra investigación se redujo a ela-

borar un catálogo de datos culturales (cómo trabajan, donde viven, a qué sindicato pertenecen, qué comen, cómo bailan, etcétera), sino que debíamos distinguir tanto los espacios fundamentales donde se recrea la existencia de los obreros, como sus grados y acciones de resistencia y de impugnación como contenidos concretos que dirigen una práctica cultural específica. Así, en nuestra aproximación a la materia de investigación, conforme se pasaba de uno a otro nivel de búsqueda, nos hizo reconocer como contenidos fundamentales en el proceso de formación de cultura obrera, la articulación de condiciones de trabajo, organización, política y condiciones de vida que, por sus distintas combinaciones y complejidades impiden plantear una cultura en términos absolutos pues, en reconocimiento a su heterogeneidad, la práctica cultural obrera reconocible tiene una estratificación fundamentada en desarrollos objetivos y subjetivos desiguales, por lo que su "disposición a actuar como clase", es irregular. Lo que significa que la cultura obrera puede expresar desarrollos distintos de la conciencia, aunque en las prácticas sociales pueda distinguirse una posición frente a la burguesía.

Si en estas páginas hemos delineado, aunque en forma esquemática, el nivel general de aproximación de la perspectiva de investigación, a continuación presentamos las propuestas que se derivaron de las interrogantes centrales planteadas y cuyas respues-

tas significativas quedaron plasmadas, como síntesis esencial, en la exposición.

SER SOCIAL, CONCIENCIA Y CULTURA

El primer aspecto por resolver es definir cuál es el ámbito de la cultura. Dentro del pensamiento marxista, esta pregunta se ha pretendido responder en base a las categorías de estructura y superestructura. A la cultura se le identifica como superestructura; se la ubica como un componente de ésta, pero tampoco falta quien defina que la cultura integra en una totalidad compleja a estructura y superestructura. Asimismo se repite que la estructura determina a la superestructura, pero, que a su vez la superestructura sobredetermina "dialécticamente" a la primera, cayendo por lo general en un círculo vicioso sin avanzar más allá de las formulaciones de los clásicos ampliamente citadas.

Nosotros proponemos partir de categorías más generales y simples como son la del ser social, la conciencia social y la praxis.

El ser social y la conciencia forman una unidad dialéctica. El ser social sin la conciencia, se reduce a su puro ser, es decir, a su pura naturaleza, a su estado de animalidad. El ser social supone las relaciones de varios individuos, vive en sociedad, y la conciencia es reflejo de "el mundo inmediato y sensible que nos rodea y. . .

de los nexos limitados con otras personas y cosas" (K. Marx, *La ideología alemana*). La conciencia es un producto social y supone al ser social. Asimismo, el ser como ser social, supone la conciencia.

Pero a la conciencia no le corresponde la función de ser puro reflejo y pura pasividad: que el ser social determina la conciencia no significa que la conciencia sea una calca o una expresión espiritual exacta del ser social.

Dentro del concepto de trabajo como transformador de la naturaleza, nos interesa —por el momento— recuperar un elemento: El trabajo específicamente humano, a diferencia de la interrelación con la naturaleza que llevan a cabo los animales, se caracteriza —dice Marx— porque "... al final del proceso de trabajo, brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya en la mente del obrero; es decir, un resultado que tenía ya existencia ideal. El obrero no se limita a hacer cambiar de forma la materia que le brinda la naturaleza, sino que al mismo tiempo, realiza en ella su fin, fin que él sabe que rige como una ley las modalidades de su actuación y al que tiene necesariamente que supeditar su voluntad". (K. Marx, *El Capital*). Se destaca aquí la importancia que tiene la conciencia en el proceso de trabajo. En él se prefigura idealmente el resultado; es decir, el resultado del proceso de trabajo aparece dos veces: antes de comenzar el proceso como proyecto ideal, y al final, como objeto real transformado.

Este enfoque puede ser extendido a toda la actividad práctica del hombre, pues ésta no puede ser desligada de la conciencia. La actividad práctica resulta absurda si no va encaminada a realizar algún fin. Así no es posible, ni reducir la actividad práctica a su forma externa, pues en ella se expresa la actividad subjetiva de la conciencia, ni reducir tampoco los resultados de la praxis a su mera formulación ideal.

Nos hemos referido al ser social como determinante de la conciencia, y ésta a su vez, como orientadora de la praxis; la cual por su parte transforma, tanto a la naturaleza (en el caso específico del trabajo) como al ser social. Parecería que hemos caído en un círculo vicioso; sin embargo tendríamos que precisar que hemos tomado al ser social primero como punto de partida, y después como resultado. Respecto a esto último, es interesante traer a colación aquel principio marxista de que la lucha de clases es el motor de la historia, para reafirmar que la praxis (en este caso la lucha) es efectivamente un modelador del ser social.

En este enfoque, la mediación de la conciencia deviene un momento de la reproducción social, la especificidad cultural estará contenida ahí. De un texto muy interesante de Gramsci ("El consejo de fábrica") podemos ampliar un poco más detalladamente en qué consiste ese ámbito específicamente cultural: se trataría —bajo nuestra interpretación del texto— de "los

sentimientos, las veleidades, los hábitos, los gérmenes de iniciativa y las costumbres”, que pertenecientes a la vida cotidiana de los obreros, Gramsci identifica como uno de los ejes del proceso revolucionario al lado de instituciones como sindicatos y partidos políticos.

Lenin por su parte también, llega a identificar a la cultura como el contenido de los hábitos y las costumbres cuando refiriéndose a los sábados comunistas, los considera como “. . . una victoria obtenida sobre la propia *rutina* y el relajamiento, sobre el egoísmo pequeñoburgués, sobre todos esos *hábitos* que el maldito capitalismo ha dejado en herencia al obrero y al campesino.” Pero la referencia a los clásicos puede extenderse a Marx, que en el 18 Brumario afirma que: “Sobre las diversas formas de propiedad y sobre las condiciones sociales de existencia se levanta toda una superestructura de *sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida* diversos y plasmados de un modo peculiar. La clase entera los crea y los forma derivándolos de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes. El individuo suelto, a quien se le imbuye la tradición y la educación podrá creer que son los verdaderos *móviles y el punto de partida de su conducta.*” (Los subrayados son nuestros).

Ubicar al ámbito de la cultura en el terreno de la conciencia que contiene esos “gérmenes de iniciativa” y esos “puntos de partida de la conduc-

ta” no significa reducir la investigación de la cultura al estricto campo de las formas de la conciencia. Como bien señala Swingewood, “la cultura no existe separada de sus determinaciones específicas en la formación social; la cultura se desarrolla en y a través de los muchos niveles, o estructuras de una sociedad (económicos, políticos, educativos, etc.) que forman la totalidad de las relaciones y las prácticas sociales”. Justamente, como la conciencia prefigura no solamente la praxis laboral, sino toda la praxis humana, la cultura se manifestará en todos los campos; y así, habrá que distinguir entre los determinantes de la cultura, el terreno donde se define y reside la cultura y las prácticas culturales: o sea entre ser social, conciencia y praxis.

Como una muy vieja tradición reduce la cultura al estudio de las bellas artes y las manifestaciones estrictamente espirituales, seguramente nos resultará chocante pensar en que a través de las prácticas económicas, se está manifestando una determinada cultura. A ello contribuye además, la ilusión burguesa de que el proceso de trabajo es solamente un proceso técnico-material, un mero prerequisite técnico para que lo social pueda ser desarrollado en otras instancias. Basten dos referencias al *Capital* para constatar que en el pensamiento marxista, el problema se plantea de otro modo; en el capítulo dedicado a la acumulación originaria, una de las ideas centrales consiste en subrayar que para

que las relaciones de producción capitalistas se pudieran desarrollar, habría que preparar culturalmente al proletariado. No basta desposeerlo de sus medios de producción, sino también prepararlo para la dura disciplina fabril. Los cambios culturales son requisitos *sine qua non* para la existencia del capitalismo. En otros capítulos de *El Capital* se señala cómo la burguesía pretende coaccionar al proletariado para que modifique sus normas de consumo, esto es sus inclinaciones a uno u otro tipo de vida, y por lo tanto, la modificación de aspectos culturales. Es más, en la definición del valor de la fuerza de trabajo, lo cultural también está presente al influir en la determinación de los elementos del consumo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo, y por lo tanto, en su valor.

Creemos que sólo con estos señalamientos teórico-metodológicos pueden llegar a ser entendidas y correctamente ubicadas las infinitas propuestas que los estudiosos marxistas de la cultura han elaborado. Sólo a manera de ejemplos podríamos mencionar a aquella de Sánchez García que considera que "un concepto marxista de cultura deberá permitirnos comprender la interacción permanente entre la producción material de la vida social, y el conjunto de relaciones sociales que, mediatizadas por el lenguaje, los usos, las creencias, etc., revierten sobre el modo de producción específico en que se desenvuelven, conformando así una totalidad compleja."

También puede mencionarse la posición de Ludovico Silva respecto a considerar que una bomba es, cultura; consideración a la que tendríamos que precisar que la bomba no es *per se* cultura, sino la manifestación de una cultura hegemónica belicista y tecnocrática propia de la sociedad yanqui. Igualmente la máquina, en tanto producto humano, bien podría manifestar los valores de la cultura de una sociedad sedienta de extracción de plusvalía.

Con este enfoque, esperamos poner un poco de orden en la discusión acerca de la dimensión específicamente cultural, y en vez de reducir la cultura a unos de los componente de la superestructura, o de darle a la cultura un status de totalidad amorfa, caótica y confusa, (a partir de la cual surgen los mil y un conceptos y enfoques de cultura) pretendemos realzarla en la medida en que constituye el terreno a través del cual, la sociedad al reproducirse, puede meramente continuarse, modificarse, o ser rebasada hacia una forma superior. Asimismo el ámbito cultural aparece como la instancia gracias a la cual, adquieren particularidad muchos hechos sociales histórico-concretos, no obstante compartir una misma matriz económico-social. Así, el obrero de un enclave minero, como el ferrocarrilero; o los obreros de la industria automotriz en México o en Chicago, por más que compartan la misma posición de obreros en el modo de producción específicamente capitalista, tienen ciertos rasgos culturales que los distinguen.

CULTURA OBRERA Y CULTURA DE LOS OBREROS

Ahora bien, la siguiente cuestión a resolver consistirá en plantear qué es lo que hace posible que la clase obrera desarrolle una cultura obrera no obstante estar sujeta a la hegemonía de la cultura e ideologías de la clase dominante.

Si por un lado la clase obrera está imbuída de la cultura hegemónica, de la cultura del individualismo, la competencia y el dinero; sus condiciones materiales de vida, y más precisamente las condiciones objetivas de trabajo, se caracterizan por el trabajo colectivo de donde se desprenden valores distintos como el de la solidaridad y la cooperación, y tradiciones de lucha específicamente obreras que permiten el surgimiento de elementos culturales democráticos y aún socialistas. Con el desarrollo del capitalismo, otras esferas también se socializan reforzando estos determinantes materiales de una cultura obrera diferente de la cultura hegemónica que la familia, la religión y el Estado (sus medios de información y demás instituciones sociales) difunden e imponen a los trabajadores.

Esta situación contradictoria entre la hegemonía cultural y las condiciones materiales de vida de los obreros, nos conduce a plantear y precisar algunos aspectos teóricos. Se trata de distinguir entre la cultura de los obreros y la cultura obrera.

Como bien menciona Gramsci, todos los hombres tienen algo de filóso-

fos, es decir, tienen su sentido común, sus propios planteamientos morales y éticos, su visión del mundo. En esa medida todo ser humano —incluido por supuesto cualquier obrero— tiene y participa de una determinada cultura. Los estudios basados en la metodología de la etnología propenden a describir esa cultura empírica que todo obrero tiene y a la que obviamente se le pueden generalizar rasgos. Se llega así a descripciones más o menos completas que enfatizan algunos aspectos pintorescos y costumbristas; esto es folklórico en el sentido original del término. Como bien se puede entender, muchos de los aspectos de la “cultura de los obreros” traducirán la cultura hegemónica, si acaso con algún matiz propio. De esa manera, el folclore se reducirá a la comparación entre la práctica social de la clase obrera respecto a las del resto de la sociedad, culminando en un catálogo de “modos de ser y de pensar” de los obreros. Nosotros no rechazamos los contenidos de ese tipo de investigación, pero creemos que deben ser sometidos a un riguroso análisis para determinar en qué medida esas actitudes culturales de los obreros se contraponen efectivamente a la cultura e ideología dominante; o sea, traducen prácticas de clase. Nuestra tarea restante es documentar las modalidades de ese antagonismo. Nos encontramos entonces con una cultura obrera que, así estudiada, puede presentar distintos niveles de profundidad y desarrollo, pero además, que no tendrá el nivel de co-

herencia ni la generalidad que registra la etnografía comparada en las poblaciones "tradicionales" en cuanto a sistemas de creencias, símbolos, ritos y en general, pautas de consumo cerradas o nítidamente definidas. Esto significa que a la vez que la cultura obrera se desarrolla en y a través de la cultura popular y de la cultura dominante y puede por tanto presentar yuxtaposiciones, su base objetiva, material, se encuentra en las relaciones de producción, mismas que va conformando su ser social de acuerdo a esa particularidad.

Las formas de expresión de la cultura obrera también crean símbolos, ritos y rituales de relación cuyo arraigo permite la identificación; pero éstos podrán o no encontrarse según la clase obrera haya o no conquistado sus propios espacios culturales, y en todo caso esta conquista será siempre relativa, en tanto estemos hablando de los obreros en una sociedad capitalista. No tiene nada de sorprendente que al estudiar la cultura obrera no encontremos generalizados en las prácticas culturales de los obreros muchos de estos aspectos; o de que estos aparezcan en un momento dado, después desaparezcan, para una eventual reaparición bajo nuevas formas: o incluso de que las prácticas culturales de la clase obrera se manifiesten contradictoriamente. Si partimos de la premisa de que la cultura obrera existe al menos potencialmente, y de que adquiere múltiples caminos en su desarrollo, no nos sorprenderá en absoluto que en

ocasiones el obrero utilice su escaso tiempo libre de idéntica manera que su patrón o que algún funcionario público, compartiendo su afición televisiva por los encuentros del América; ni tampoco que las escuelas obreras impulsadas por la Casa del Obrero Mundial bajo una orientación racionalista hayan desaparecido como tales; ni tampoco de que en la huelga de Spicer —como en muchas otras— obreros contratados por la empresa hayan funcionado como esquiroles, plenamente convencidos de su proceder; ni de que un obrero en el metro se comporte tan competitivo por un asiento, como la burguesía por una ganancia extra. Sencillamente se trata de un proceso en el que la desigualdad, la yuxtaposición y la contradicción abundan y son naturales (en su sentido social).

UNIDAD EN LA DIVERSIDAD

Ya hemos abordado las modalidades de manifestación de la cultura obrera derivadas de su carácter de cultura subalterna, esto es, derivadas de que su desarrollo se tenga que realizar en base a la destrucción y en oposición de la cultura hegemónica. El siguiente punto a tratar considera cómo la heterogeneidad de la clase obrera determina una variedad en la cultura de los distintos segmentos de la clase obrera.

La clase obrera no es un todo homogéneo debido a algunas condiciones objetivas. Los miembros de la clase

obrero realizan múltiples trabajos concretos, además, al interior de cada uno de los trabajos concretos, los distintos miembros del obrero colectivo quedan diferenciados por distintos niveles de calificación que se traducen en respectivas diferencias salariales. Asimismo, para el nacimiento y continua expansión de la clase obrera, ésta se alimenta de miembros pertenecientes a otras clases sociales: artesanos, campesinos, hijos de comerciantes, o de burócratas, etc. Por si fuera poco, otros factores objetivos también tienden a diferenciarla internamente: el tamaño de las empresas, el tipo de propiedad de esas empresas, su ubicación geográfica, su productividad, la concentración industrial de la rama, etc., y la lista de factores heterogeneizantes puede prolongarse a la sindicalización o no sindicalización, al tipo de sindicalismo y de prestaciones por él reivindicadas, a la división sexista del trabajo, etcétera.

No obstante, por sobre esta heterogeneidad, la clase obrera se constituye en base al sustrato homogéneo de su condición social. Todos los obreros industriales tienen en común el ser asalariados y explotados, el enfrentar a la tecnología en cuanto medio para consolidar y ampliar esa explotación, recibir el trato despótico del capital, sufrir los estragos de una organización "científica" del trabajo y carecer en lo básico de la decisión sobre qué y cuánto producir; amén de que no son propietarios del producto de su trabajo ni de cómo éste circula y se distribuye.

Esta diversidad en la unidad presente en la estructura de la clase obrera impactará sobre los aspectos culturales, haciéndolos más complejos. Si por un lado la heterogeneidad determina cierta dispersión cultural, la homogeneidad social del obrero industrial posibilita la convergencia cultural. Así por ejemplo, la percepción que de la explotación tenga un minero de mina subterránea será —sin duda— diferente de la de un obrero de la cadena en la industria automotriz. Asimismo, un trabajador de la industria textil en Orizaba comportará rasgos culturales propios de la región como puede ser la dieta, o un sentimiento de rechazo a los "chilangos". No obstante, una política de austeridad y de inflación galopante generará un sentimiento de mutua solidaridad entre el obrero textil orizabeño y el de la ciudad de México, obligando de paso al primero a tener que renunciar a las particularidades de su dieta al tratar de ajustarla a su mermado ingreso salarial.

Esta relación de heterogeneidad/homogeneidad; de dispersión/convergencia, se convierten a su vez en objeto de una contraposición cultural, de una contraposición de puntos de vista. Así, frente al movimiento reivindicativo, el Estado y la burguesía condicionarán la resolución de conflictos por separado, mientras que la clase obrera se moverá en sentido inverso, en la medida en que a condiciones materiales de vida comunes, a experiencias comunes, corresponden reivindicaciones similares. La acción del proletariado media-

da por la organización política, propondrá entonces hacia la construcción de un programa único de lucha, buscando la articulación de reivindicaciones y acciones; en contraposición, para la burguesía la tarea será desarticular esa movilización.

Cabría señalar que la convergencia en los "modos de pensar y actuar" derivada de la homogeneidad social de la clase, es a la vez causa y efecto de un movimiento ascendente del desarrollo de la cultura obrera. En ausencia de este movimiento ascendente, la clase obrera convergerá culturalmente en base a los contenidos de la cultura hegemónica a la manera cómo lo ha descrito la escuela de Frankfurt con el término de "cultura de masas".

CULTURA OBRERA Y CULTURA POPULAR

El siguiente escollo teórico por salvar es el de definir las relaciones entre cultura obrera y cultura popular. En principio habría que señalar que la cultura obrera está circunscrita y forma parte de la cultura popular, de las culturas subalternas.

El sustento teórico-metodológico lo podemos tomar del mismo concepto marxista de proletariado. Por ejemplo, en el estudio de la acumulación de capital, Marx no emplea como categoría analítica la de obrero industrial (que nosotros empleamos), sino la de proletariado en el que incluye, tanto a la clase obrera en activo, como a la

sobrepoblación relativa que abarca desde el ejército industrial de reserva, el desempleo disfrazado, hasta la sobrepoblación potencial constituida por los campesinos pobres que llegan a ser arrastrados hacia la ciudad donde ocuparán los trabajos descalificados. Así, al analizar los efectos de la acumulación de capital en el proletariado, se percibe que lo que afecta a algunos de los componentes del proletariado, termina afectando al resto. Por ejemplo, en los momentos de crisis, la mayor proporción de desempleados significarán un peso para los obreros en activo, porque así como aumenta la competencia por los empleos, a la vez, los desempleados terminan siendo mantenidos por los obreros en activo. Es el caso de la familia obrera que con la crisis pierde uno o varios ingresos, por lo que los miembros que conservan el empleo, sustentan la reproducción del resto. Las relaciones establecidas estructuralmente entre los distintos sectores del proletariado permiten suponer su convergencia cultural: no hace falta ser despedido para sentir los efectos del desempleo; igualmente el desempleo temporal o intermitente no hará que este obrero pierda ciertos rasgos culturales propios de la cultura obrera; asimismo un menor, obrero en potencia, recibirá la influencia cultural de su hermano mayor, obrero en activo. En síntesis, tanto estructural como culturalmente hablando, entre el obrero industrial y el resto de segmentos del proletariado, existe continuidad a

la vez que compartimentación. La cultura obrera se ligará con la cultura popular no sólo porque el obrero industrial forme parte del pueblo, sino también —y sobre todo— por los nexos estructurales establecidos.

El proletariado y su cultura son algo más que la simple sumatoria de sectores sociales y de subculturas.

Otra razón más nos obliga a relacionar teóricamente a la cultura obrera y la cultura popular, siendo la cultura un reflejo activo de las condiciones materiales de vida, nos encontramos con que la vida extra-fabril: (vida familiar, tiempo libre, etc.), es una experiencia compartida por obreros industriales y pueblo en general; por lo que en éstos ámbitos de la vida social se vive un entrelazamiento e imbricación de rasgos culturales específicamente obreros con rasgos culturales de sectores populares no obreros: el obrero educará a sus niños de acuerdo a las viejas tradiciones de sus ascendientes de origen campesino, no obstante las recomendaciones del médico del IMSS, o “echará la casa por la ventana” para los quince años de su hija; pero también se opondrá al orden social asistiendo a mítines ante el municipio o la delegación demandando la instalación de drenaje en la colonia, codo a codo con sus vecinos pertenecientes a otros sectores populares.

Si bien la vida extra-fabril no refleja la contradicción capital-trabajo con la nitidez que lo hace la fábrica donde claramente se destacan opresores y oprimidos, esa contradicción no se deja

de manifestar en la disputa conyugal cuando la mujer se queja de la insuficiencia de la raya, en la carencia de servicios públicos y en la virtual inexistencia de tiempo libre una vez que le sustraemos el tiempo para el transporte y para procurarse otros ingresos.

El tiempo libre y la vida familiar, son ámbitos de la vida cotidiana que presencian una fuerte disputa entre la cultura obrera y la popular, en oposición a la cultura hegemónica. El poder de la fábrica intentará extenderse al marco extra-fabril controlando la organización del deporte o impulsando fiestas familiares con la finalidad de crearles un sentido de pertenencia a la empresa de velar la contradicción entre capital y trabajo, y de contraponer al equipo de “los potros” del departamento de pintura contra “los rayados” de mantenimiento.

Asimismo, las ondas hertzianas de la televisión portarán contenidos enajenantes que los monopolios televisivos han decidido para distraer, contener, divertir ideológicamente evitando el proceso de formación de una cultura obrera; el fútbol televisado integrará socialmente mediante la identificación del “equipo de todos” que hoy se enfrenta al “peligroso” rival de la selección de Trinidad Tobago; o invitará a consumir lo que por lo general el obrero y su familia no pueden adquirir. En franca contraposición, los activistas del sindicato independiente harán un llamado a la base para que lean el folleto de educación sindical preparado por la comisión de propagan-

da, no falten el sábado a la asamblea departamental y que no fallen a la fiesta en solidaridad con los trabajadores huelguistas vecinos. Al igual que la coalición de colonos llamará a hacer trabajo voluntario los domingos. La vida extra-fabril es también un escenario de la confrontación cultural.

LOS NIVELES DE IMPUGNACION DE LA CULTURA OBRERA

El carácter impugnador de la cultura obrera no se genera por el simple hecho de que la clase obrera haya nacido en el polo de una contradicción, aunque por otra parte, sea esa la condición que le da sentido a todas las formas concretas de oposición que ha creado en su historia.

La cultura obrera no se crea y se manifiesta en el puro reaccionar de la clase si bien las acciones defensivas son un contenido elemental en su desarrollo. Cuando la experiencia común que resulta de vivir la oposición trabajo-capital, reflexionada y pensada como elemento que identifica al conjunto de los obreros, deriva intereses específicos de clase opuestos a la dominación del capital en sus múltiples esferas de acción, se introduce una dimensión que rebasa el nivel de mera respuesta. Dimensión que nace del desarrollo de una conciencia de clase y que empuja a los obreros a buscar la organización política.

Los intereses y las aspiraciones de clase se manifiestan en las acciones,

demandas y logros, tácticas y estrategias, capacidad defensiva y ofensiva, luchas, lenguajes y expresiones culturales propias. La clase obrera que en su proceso de formación ha resistido históricamente a la dominación, lo ha hecho precisamente a través de métodos, mecanismos, expresiones, de un carácter impugnador que, en alguna fase de su desarrollo las subsume en un proyecto revolucionario.

Esta impugnación que puede presentar niveles distintos de rechazo, se expresa en acciones diversas en la esfera del trabajo, de la organización sindical y, en la práctica política. Pero es generalmente en el proceso de trabajo mismo donde se acentúan los rechazos expresados contra los métodos de trabajo y contra el anonimato del individuo sumido en la producción encadenada. Cuando un obrero expresa: "difícilmente puedo creer en trabajadores que aprecien su trabajo, que les guste lo que hacen por el mismo proceso de división del trabajo, mecanización, monotonía, presiones internas, condiciones de trabajo, mal salario, todo ello hace que el trabajo no lo veas como algo agradable, sino como una obligación que tienes que hacer porque lo necesitas y no porque te guste", o cuando un jefe de personal confirma que los obreros se accidentan para poder faltar, o bien cuando otro obrero afirma que "hay ratos en que te pones a platicar con la máquina como si estuvieras platicando con otro obrero, empiezas a cantar y al rato terminas haciéndole un verso a la máqui-

na y le pones nombre para apoyarte en algo”, se evidencia la base objetiva, vívida, de la enajenación en el trabajo.

La división tajante entre el trabajo intelectual y el manual que impuso la administración “científica” del trabajo, es también una fuente de seria impugnación por parte de los obreros que se resisten a ser considerados apéndices de la máquina carentes de imaginación y creatividad. Cuando un obrero increpa a otros alertándolos: “cabrones, hay que hacer trabajos manuales para que no se seque el cerebro” o cuando otro reconoce: “no me pasa hacer piezas iguales en el torno por lo que me pongo a hacer alguna chuchería para desaburrirme”, se muestra el rechazo a la “robotización” mental.

Y sin duda, existen infinidad de acciones obreras que se oponen al despotismo de fábrica que, en otra de sus manifestaciones, procura tener vigilados todos los movimientos de los obreros. La invención de lenguajes mímicos, ininteligibles a la supervisión, la conversión de lugares públicos como los vestidores o los baños en espacios propios y las maneras de evadir las mediciones de tiempos y paralizar el proceso de producción, han creado también formas sociales que identifican a los obreros en su proceder frente a los representantes del capital.

Los rechazos organizados en oposición colectiva dentro del sindicato se convierten, dentro de ese marco, en negociaciones sobre el precio de la fuerza de trabajo y en demandas por

mejorar las condiciones de trabajo. Sin embargo, las historias que explican los sindicalismos actuales y la particular relación de subordinación hacia el Estado, permite reconocer prácticas obreras distintas según el tipo de asociación. Pero además, los niveles de impugnación posibles que se realizan en el marco sindical tienen marcados límites precisos tomando en consideración que las reivindicaciones económicas se negocian dentro del esquema de relaciones de producción y generalmente no se discuten los fundamentos de esas relaciones. Pero ha sido el marco sindical o asociacionista del que han derivado prácticas definidas entre los agremiados, entre éstos y sus dirigencias y entre todos frente al capital.

Cuando la fuerza de la impugnación que se deriva de un desarrollo de la conciencia de la clase adquiere un carácter de rechazo total a las relaciones de explotación, la clase obrera crea espacios adecuados para el desarrollo de una práctica política cuyo objetivo es la transformación de las relaciones sociales que dieron origen a la clase, pero en la que ya no actuará sola, sino en íntima vinculación con el resto de clases dominadas a las que dirige arraigándoles su concepción subversiva del orden burgués.

En síntesis, podrían aislarse cuatro niveles de impugnación cuando en el horizonte de la cultura obrera se rebasa la aceptación del estado de cosas en particular y en general y de manera individual o colectiva. Niveles que no necesariamente se dan en forma lineal

y que presentan combinaciones pero que en el proceso van generando prácticas y símbolos que identifican a la clase en su desarrollo. (De la quema de minas y la destrucción de máquinas al mitin sindical; de la marcha acompañada por banda de guerra y la pinta callejera a la escuela para obreros; del compadrazgo sindical a la invención de un himno; del sabotaje y el tortuguismo a la caravana del hambre y la huelga, etcétera).

Un primer nivel que rebasa la aceptación del estado de cosas de manera individual y se configura como una oposición sin respuesta; donde se está en desacuerdo pero no se actúa para modificar las condiciones que lo originaron.

El segundo nivel es el de la oposición con respuesta inmediata. Este nivel no permanece en la contemplación, sino que se articula una respuesta, una acción en contra, aunque de manera desorganizada y muchas veces espontánea; expresa una respuesta aislada y por tanto, individual, y quizá lo que alguien calificó como "instinto de clase".

El tercer nivel estaría formado por la oposición organizada en contra de las condiciones de vida y de trabajo que se expresa en el espacio de la organización sindical y que, suponiendo un programa de acción, planea acciones a corto y largo plazo.

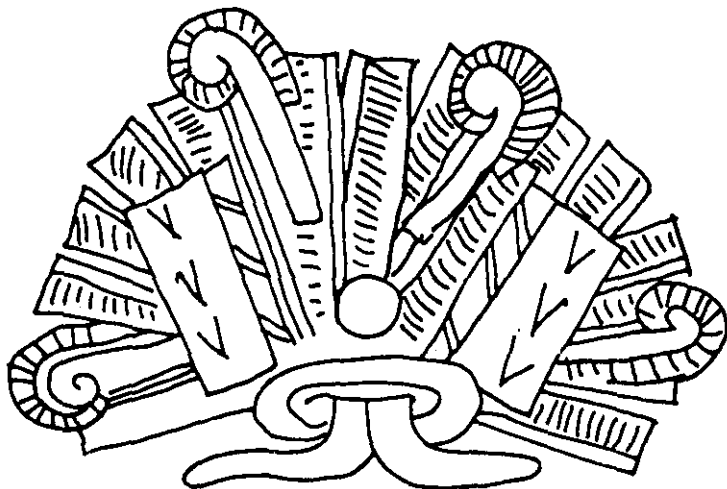
El cuarto nivel no sólo impugna las consecuencias de la explotación, sino las causas y supone la existencia de una práctica política que persigue

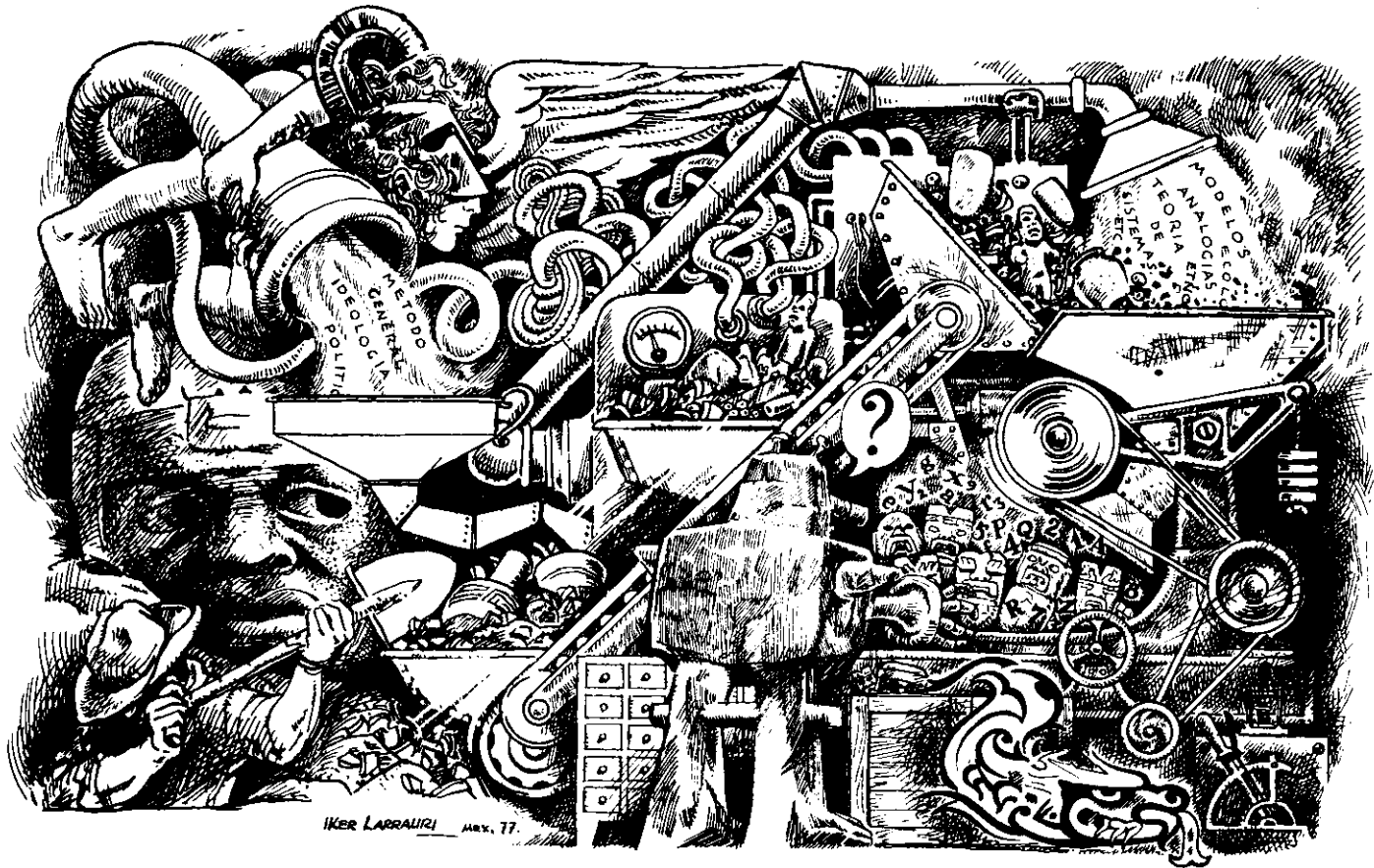
la conquista del poder para la transformación de la sociedad. Transformación que implicará un difícil proceso de estructuración de una cultura nueva en continua lucha con códigos de valores contradictorios donde unos dificultan la creación de un ser social nuevo y otros lo facilitarán.

BIBLIOGRAFIA

- GRAMSCI, ANTONIO, (1973) *Consejos de fábrica y estado de la clase obrera*, Ed. Roca, México.
- HOBSBAWN, ERIC. J. (1977) "Las clases obreras inglesas" en *Niveles de cultura y grupos sociales*, L. Bergeron, Ed. Siglo XXI, México.
- LENIN V. I., "Una gran iniciativa" en *Obras escogidas*.
- MARX, KARL, *El Capital. La ideología alemana. El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.
- MEISKINS WOOD, ALLEN (1983) "El concepto de clase en E.P. Thompson" en *Cuadernos Políticos*, núm. 36, Ed. Era, México, abril-junio, pp. 87-105.
- NOVELO, VICTORIA, (1984) "La cultura obrera, una contrapropuesta cultural" en *Nueva Antropología*, Vol. VI núm. 23, México, marzo, pp. 45-56.

- SANCHEZ GARCIA, A., (1976) *Cultura y Revolución*, Serie Popular, Ed. Era, núm. 38, México.
- SILVA, LUDOVICO, (1978) *Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*, Ed. Monte Avila, Caracas.
- SWINGEWOOD, ALAN, (1979) *El mito de la cultura de masas*, Premia Editora. La red de Jonás, México.
- ARCHIVO DOCUMENTAL, (1983) *Proyecto Cultura Obrera*, Museo Nacional de Culturas Populares.





IKER LARRAURI MAY. 77.